

DANIEL F. O'LEARY

Discurso del Dr. JOSE J. AMAYA Miembro de la Academia de Historia de Santander, durante la Inauguración de un Busto del General DANIEL F. O'LEARY en la casa de Bolívar de Bucaramanga.



Señores:

Qué bien está congregarnos una vez más, como tantas otras, bajo el cielo abierto y en la inmediata proximidad de este lar propicio, a meditar sobre un ente racional que, salvado desde hace más de un siglo el lindero de la muerte, y ubicado así en el campo sereno de la historia, desnudo de cuanto no le pertenece, se nos entrega a nuestro juicio, con la serenidad impasible de su espíritu. Quienes ahora lo sucedemos, por llamarnos legatarios de un patrimonio común, fundida en bronce, concedemos perennidad a su estampa, y al decidirlo de este modo, queremos también decir a los hombres el fundamento racional de nuestra conducta. La Academia de Historia de Santander erige este monumento a Daniel Florencio O'Leary, caballero de la legión británica, edecán de Simón Bolívar, soldado de la gesta emancipadora.

Es connatural al hombre el conato de razonar, y por lo mismo nada existe que tanto le satisfaga como encontrarse al final de la jornada con el por qué de su intención y sus empeños. La historia nos dice que muchos sucesos y muchos hombres merecieron un campo entre sus páginas consagratorias; y cuando se medita sobre la realidad que ellas conforman, accedemos a un juicio que íntimamente nos convence

de la razón o sinrazón de aquellos planteamientos y aquellos veredictos. Esta disciplina se hace cada día más compleja, porque a la diversidad de los temas se une la desemejanza de los criterios, derivados en veces de enfoques arbitrarios o de un conocimiento más prolijo de los factores influyentes; pero a pesar de todo, cuando la distancia en el tiempo, haciéndose cada vez mayor, depura los hechos y les otorga transparencia, puede notarse que el hombre, premisa imprescindible de aquel ejercicio mental, se agranda o disminuye, se opaca o resplandece ante las nuevas generaciones, de manera definitiva.

Por eso las figuras antiguas comparecen en el presente, dentro de un ámbito más ajeno a la inquietud y a la controversia, perfectamente definidas por sus rasgos fundamentales; mientras que las más próximas, ubicadas en la cercanía de breves décadas, aún nos apasionan y nos exaltan con una explicable actualidad. Aquellas se dirían compactadas para lo eterno cabe la talla espejeante de los púrpuros egipcios; éstas aún se perciben capaces de respondernos con tremendas palpitaciones, porque la carne, todavía sin desprenderse, continúa modelando sus rasgos fundamentales.

Nuestra historia, señores, esta historia de Colombia, acaso tan amada por tan humana, es paradójicamente pre-

sente; apenas nos da ciento cincuenta años de vida libre; y aun cuando su exacta visión se proyecta hacia atrás en más de cuatro siglos, los hombres y los acontecimientos que integraron esta entidad soberana que nos exalta y orgullece, por aún mirarlos tan de cerca, por percibirlos al alcance de nuestro obrar y nuestro discernir, suscitan nuestro fervor y nos mantienen en afán de disputa.

Sin embargo, no puede dejar de advertirse que, por encima de todo aquello que, por más próximo a nosotros más fácilmente se contamina con la pasión y con el verbo, se percibe una zona en que el aporte generoso de todos los seres que concurren a la conformación de la obra histórica, se funde con metales sonoros y se ilumina con luz propia, en reclamo de ese amor y esa veneración que se le otorgan ajeno a la mezquinidad y a la reserva. Es el eco del combate, enlazado con la victoria, ya extraño a la miseria del odio y de la muerte, es el arco de la paz que como fruto de la lucha, diluye con su influjo el amargo recuerdo de todo sacrificio; es la presencia del hombre que despojado de su escoria, se señala impalpable en el coro de los predestinados.

El General O'Leary que, por haberse visto enfrentado a los enemigos del Libertador, tuvo que descender al áspero terreno de los debates políticos;

ABOGADO

JOSE J. AMAYA

Natural de Barichara (Santander). Abogado egresado de la Universidad Javeriana; Ex-Secretario de Gobierno de Santander; Ex-Secretario de Educación de Santander; Ex-Jefe de Redacción del Diario "El Deber" de Bucaramanga; Ex-Director del Departamento de Humanidades de la Universidad Industrial de Santander; Profesor de la Universidad Industrial; Secretario de la Academia de Historia de Santander; Escritor y Crítico de Arte.

que por haber servido de emisario del Genio ante la Convención de Ocaña, se vio envuelto en aquella atmósfera opaca de prevención y de discordia; que por haber dirigido una tristísima batalla, padeció el bochorno de las más crueles inculpaciones, puede al presente mantenerse como ser de fracción, en blanco de los dardos que se disparan desde hace más de una centuria; pero cuando contemplamos su figura de prócer, que joven, desprevenido y generoso, aborda las playas americanas, con un afán insospechable por nuestra causa libertaria; cuando sabemos de su perenne fidelidad a Bolívar, desde la torpe insurrección del jefe aventurero, hasta los tiempos aciagos de la agonía del Padre; cuando pensamos en que su espada gravó la escala de su ascenso sobre los campos mismos del batallar sangriento, la inteligencia admite y el corazón nos manda que lo veamos desprenderse de su barco y sumergirse luego en esa zona de reflejos en que los rasgos propios se desdibujan para la integración espiritual de algo más trascendente: la histórica fisonomía de la república.

Este es el hombre, el que se ve plasmado en la dureza del metal; noble en el óvalo de su rostro, apuesto en la franqueza de su pecho en que resuena el apacible corazón. Ahí está su perfil que la arcilla delineó, suaves y sedosa, obediente a la yema del artista; los labios delgados, serios, arriba de un mentón liviano, en espera de un vocablo que debió ser sobrio y exacto; la nariz, de finas aletas, respira tranquila un aire, acaso poblado de amores o de angustias; las cejas se dibujan perfectas sobre la claridad de las pupilas nórdicas, pobladas de mares, de ríos, de montañas, o también del fulgor de aquellos otros ojos que en América iluminaron todos los horizontes; y la frente amplia, apenas combada, que deja remarcar el conjunto armonioso con la orla



Sobre el monumento al general O'Leary los descendientes ingleses residentes en la capital de Santander colocaron una placa con la siguiente leyenda: "LOS DESCENDIENTES INGLESES RESIDENTES EN LA CIUDAD CONSAGRAN SU RECUERDO EN MEMORIA DEL GENERAL DANIEL O'LEARY, Primer Edecán del Libertador y autor de la historia de las batallas de nuestra libertad. Familia Pradilla Fraser, Familia Harker Ortiz, Familia Valenzuela Jones, Familia Mc.Cormick Navas, Familia Vargas Wittingham, Familia Morris Carreño, Familia Núñez Huges, Familia Harker Valdivieso.- Bucaramanga, Febrero 24 de 1964".

de los cabellos rubios, y de unas patillas casi en ligero contacto con el cuello de la guerrera, cincelada de laureles simbólicos. Es exacto ejemplar de una raza distinta, que algo encontró en nosotros, digno y propicio para entregarle su alma y adoptar sus insignias; es el saldo orgulloso de una legión heterogénea que decantada por la lucha, dio a nuestra causa la sangre de otros pueblos; él es apuesto caballero que denuncia en su estampa el signo elegante de su ancestro.

Dentro de los universales incentivos que encauzaron la historia del mundo a principios del Siglo XIX, como en todas las épocas de la humanidad, se padeció el enfrentamiento de colosos que comprometieron a los mortales de todos los continentes. España, con sus hermosas colonias, seguía suscitando la envidia de sus rivales, ansiosos de semejante poderío; y de esta manera, cuando el Imperio empezó a cuartearse al golpe de sus propios errores, afloró la ambición y se vistió de gala, con el atuendo de impulsos libertarios. Ciertamente, las potencias veían en América un campo ambicionable de materias y pueblos, mas no era inteligente descubrirse en un juego capaz de suscitar recelos entre las gentes ajenas a su entraña. También por aquellos tiempos la revolución francesa había cambiado el modo de pensar de las multitudes y de sus dirigentes, y aunque las águilas napoleónicas cubrían a cien pueblos bajo su vuelo trepidante, aún se decía que era el espíritu de Francia, heredero de la Comuna, el que impulsaba a los ejércitos a infundir en la tierra la esencia de aquellas nuevas concepciones. Entonces parecía más político atribuir a los demás las intenciones auténticas que en el fondo se acariciaban, y de este modo, con el pretexto de hurtar a la corona del corzo el riesgo de extenderse al hemisferio occidental, se dio aliento a las

empresas de liberación, en un juego que, en definitiva, podía producir consecuencias diversas: combatir a Napoleón en el supuesto de un anhelo imposible, derrumbar definitivamente el andamiaje de las posesiones hispánicas, y quizás algo más: soñar siquiera en que América aceptaría cambiar de Metrópoli.

Se dice entonces que, con estos íntimos pretextos, se constituyeron las legiones británicas, grupos heterogéneos, más o menos amorfos, que llegarían a nuestros meridianos, más a pedir, que a regalar en generosa dación de sus espíritus y su sangre. Así alcanza a dar para creerlo la villanía de Wilson que, al mando de los Húsares Rojos, intentó derrocar a Bolívar; mas no lo denuncian en cambio las nobles hazañas de otros muchos que sí ofrendaron todo lo que fueron, en íntima comunión espiritual con nuestra máxima epopeya. Ahí está entre ellos el General O'Leary, venido en plena y floreciente juventud, apuesto en su figura y su carácter, leal a aquella empresa, entonces más intuía que comprendida, firme y certero en sus pasos hacia la integración definitiva de su ser a la tierra y a las gentes de América. Por eso no vaciló un instante en formar en las filas que habían pasado el páramo de Pisba y se cubrió de gloria en la batalla decisiva del puente que definió nuestra autonomía; por eso ganó su ascenso en otro escenario de pelea, sobre los campos de Pichincha; por eso en Tarqui se vieron brillar sobre sus hombros las preseas de General; por eso se identificó con todo lo nuestro en el sagrado de su hogar, formando estirpe con dama de nuestra raza; por eso vivió y padeció el vaivén agitado de la República, en sus comienzos tormentosos; por eso, siempre fiel a Bolívar, en todo instante siguió guardando su memoria. "Él ha muerto, —escribía—

pero Colombia, Perú y Bolivia están independientes y esta verdad dice más que volúmenes"; por eso ahora, después de tantos años, pensamos y sentimos que existe razón suficiente para exhibir al sol este bronce que, hace un instante velaban amorosos los pabellones de Gran Bretaña y de Colombia.

Es muy frecuente y explicable el deslumbramiento de las comunidades y de los individuos ante los episodios que golpean los sentidos y la imaginación con la apariencia contundente de su ejercicio. Es la vistosidad de una audacia o la sonoridad de un grito decisivos. Entonces suele ocurrir que los testigos o sabedores de la acción mantengan para su presente y para la posteridad aquella imagen, fiel o exagerada en sus caracteres, y que de este modo pase a la crónica, en buena parte orlada de fantasía. Acaso, al insistir en un análisis desprevenido, se caiga en la cuenta de que pudo ser la suerte, más que la reflexión, el motivo determinante del suceso. Lejos del ánimo hurtar los méritos a quienes, en momentos culminantes, resolvieron una causa de imposible victoria por un trámite de lógicas y ordenadas concordancias. Quizás la historia perdería con su resta encantos innumerables y habrían sido distintos los cauces que definieron su trayectoria. Pero cuando al arrojó y al espléndido aporte de la sangre se une la profesión exacta de principios inteligentemente reguladores de la voluntad, se piensa que el hombre, más que todo amoroso de su idea, a ella entregó su porvenir, sus bienes y sus afectos. Es la inasible vocación, siempre fecunda en héroes, en santos y en artistas.

El General O'Leary no se levanta en nuestra historia como sujeto de ejecuciones detonantes, sino como el ente racional que, convencido de una causa, le regala a conciencia todo lo que va-

le y todo lo que significa. Su juventud, transcurrida en la campaña incesante, lo mantuvo intachable bajo la disciplina de las filas, lo mismo en la vigilia del vivac que en la movilidad de la estrategia sobre el inmenso escenario de las tierras americanas; apenas asomado a la mayor edad, vivió y padeció como propios los incidentes que enmarcaron los primeros pasos políticos de la Gran Colombia; cuando las pobres veleidades humanas, incapaces de alcanzar y comprender su grandeza, se alzaron contra el Genio, hizo de su adhesión al Padre un culto invulnerable, y cuando, apagada en San Pedro Alejandrino la llama vivificante de la epopeya, discretamente se alejó de la escena en forma metódica, silenciosa, escribió sus memorias, que es el mejor monumento a su recuerdo.

Cómo desfilan por aquellas páginas, densas de reflexión y aconteceres, los personajes y sus actos; la incidencia de concepciones, entonces geográficamente remotas, sobre la ineludible proximidad de los entendimientos; el impiadoso devenir de una guerra marcada por contrastables ademanes de regalo y crueldad; la amada figura de Bolívar, tallada sobre el bloque integral de su existir, con su alternancia impresionante de luces y de sombras; la exégesis de procesos centenarios, determinantes extremos de los cambios en la fisonomía social y política del mundo; y en medio de todo, como brújula orientadora de sus aprehensiones y raciocinios, el último por qué de su presencia en los capítulos de la historia colombiana. Es allí donde se aprende que no arribó a Venezuela en trance de bucanero, con el señuelo de fáciles recaudos, sino a afrontar un riesgo de muerte, de privación y de fatiga; que no pudo prever la dación milagrosa de tesoros ocultos, sino la carencia definitiva de cuanto se había

abandonado en el regazo amable de la patria lejana, a cambio de la inclemente dureza de unos suelos inhóspites, arrasados por la revolución; que por encima de aquellas adversas perspectivas, despreciando a otros infieles expedicionarios, marchó en busca del hombre a quien supo presentir, y bajo su rectoría fascinante, describió su propia parábola de pensar y obrar; que así procedió y en su fe se mantuvo, porque un acervo de postulados y doctrinas supo ser siempre el soporte esencial de su conducta.

En todos los tiempos se han producido hombres e instituciones que resaltan como el símbolo de entidades más universales. Se dice que ellas personifican una situación, encarnan el espíritu de un siglo, dan forma viviente al carácter o al pensamiento de su pueblo. No es aventurado pensar que el General O'Leary fue el símbolo de una modalidad racional, capaz de contrastar con ese discurrir tormentoso de aquellos tiempos, y también delante de aquellas gentes que, asomadas apenas a su autonomía, marchaban presurosas a la realización plena de conceptos apenas presentidos. Nuestro personaje tuvo fe en el destino de América; llegó cuando la empresa libertadora ofrecía el más desolador espectáculo de adversidad y de miseria, y nada, fuera del espíritu de Bolívar, contribuía a cimentar las más remotas esperanzas. Se sucedía la campaña de 1819, cuando las inmensas llanuras del oriente, anegadas y pestilentes, apenas eran el preludio del paso de los Andes, y la muerte hacía entre las filas de los patriotas los estragos más pavorosos. Todo entonces tenía que contribuir al desaliento y al abandono, porque la misma naturaleza, desde el ardor de la llanura hasta el hielo de las montañas, debía interpretarse confabulada contra aquellas partidas famélicas y enfermas. Todavía

las clases populares vacilaban entre su adhesión categórica a los desnudos abanderados de cambios políticos fundamentales y su fidelidad tradicional a la persona lejana del monarca. Hacía apenas dos años que los ejércitos al servicio de España, integrados por nativos americanos, habían sembrado el terror, empapando con sangre de hermanos el suelo entenebrecido de Venezuela, y se necesitaba un verdadero prodigio de inspiración y de fe, para perseverar en la contienda. A Dios gracias, el milagro se produjo, porque sobre la miseria, sobre el dolor, sobre la sensación de lo imposible, surgió de las cenizas la llama vivificante, y sus reflejos en vez de refractarse desde la indiferencia y el desánimo de sus seguidores se transformó en fuego interior que renovó la fe y los condujo a la victoria.

O'Leary fue el creyente por antonomasia de aquella hora trascendental. Nadie dice haber percibido en su obrar, en su palabra y ni siquiera en su semblante, algún ademán de vacilación o pesadumbre. En cambio, con una mística apacible, equiparada al temperamento tranquilo de su raza, fue el signo de aquella íntima conciencia que infundió entre sus contemporáneos la certeza de que ya la gloria se aproximaba a coronarlos con sus insignias y sus dones.

Qué bello espectáculo este de la hazaña libertadora, en cuyo seno se confundió la presencia multifacética de los pueblos de la tierra; y qué hermosa armonía la que se percibe, para ejemplo de hoy y del futuro, cuando volvemos los ojos a aquellas heterogéneas monotonas, que, ajenas a su propia diversidad de lengua, de cultura, de color y de origen, lo mismo en la desgracia que en la fortuna se hicieron un solo ser poderoso, lanzado incontenible hacia un idéntico ideal. Pero la armonía es también contraste, que

en la diversidad de voces, de tintes, de acentos y de timbres, otorga a las supremas sensaciones la exacta categoría de las verdades cautivantes. Es la fortuna que ahora evocamos de la presencia de este hombre que, como paradigma de su raza, integró para la historia un amplio acorde de resonancias inextinguibles, desde el día mismo en que quiso confundirse con nuestras gentes, sin condiciones ni reticencias.

Así lo pensamos ahora, delante de esos lienzos que ocultaban el rostro de

la efigie. La multiplicidad de colores y de signos, que enlazan en la imaginación y en el afecto todo aquello que configura el amado concierto de las patrias distantes: la casa, la colina, la flor, el agua rumorosa, el mar que nos enlaza y nos aleja, el rostro inconfundible o presentido, la fe en Dios, en la tierra, en la vida, el aire aromado que venido de lejos, hace flamear las banderas y las dispersa o las junta, en un beso indefinido y eterno de unidad y de amor.

“...Yo no puedo vivir bajo el peso de la ignominia que me ogobia, ni Colombia puede ser bien servida por un desesperado, a quien le han roto todos los estímulos del espíritu y arrebatado para siempre todas las esperanzas. Por Dios, O’Leary, por Colombia y por mí! propague Ud. este pensamiento. Insinúelo Ud. en el espíritu de los legisladores”.

Bolívar (cartas del Libertador)